



APELLIDOS: NOMBRE:

FECHA: CURSO: GRUPO:

1. Lee el texto en voz alta dos veces, primero despacio y después lo más rápido que puedas. ¡Cuidado! ¡Está un poco defectuoso!

Una tempestad de juego y una tormenta de verdad

Se entiende que al escuchar Momo no hacía ninguna diferencia entre adultos y niños pero los niños tenían otra razón más para que les gustara tanto ir al viejo anfiteatro desde que Momo estaba allí sabían jugar como nunca habían jugado no les quedaba ni un solo momento para aburrirse y eso no se debía a que Momo hiciera buenas sugerencias no Momo simplemente estaba allí y participaba en el juego y por eso no se sabe cómo los propios niños tenían las mejores ideas cada día inventaban un juego nuevo más divertido que el anterior

Una vez era un día pesado y bochornoso había unos diez u once niños sentados en las gradas de piedra esperando a Momo que se había ido a dar una vuelta según solía hacer alguna vez El cielo estaba encapotado con unas nubes plomizas Probablemente habría pronto una tormenta

Yo me voy a casa dijo una niña que llevaba un hermanito pequeño el rayo y el trueno me dan miedo

Y en casa preguntó un niño que llevaba gafas es que en casa no te dan miedo

Sí dijo la niña.

2. ¿Has entendido el texto? ¿Qué elementos gramaticales le faltan? ¿Su ausencia te ha impedido comprender su contenido? ¿Por qué? Coméntalo con tus compañeros.
3. Lee de nuevo el texto, ahora con signos de puntuación. Primero despacio, prestando atención a las pausas, el tono y la entonación. Luego, lo más rápido que puedas y con fluidez.

Una tempestad de juego y una tormenta de verdad

Se entiende que al escuchar, Momo no hacía ninguna diferencia entre adultos y niños. Pero los niños tenían otra razón más para que les gustara tanto ir al viejo anfiteatro. Desde que Momo estaba allí, sabían jugar como nunca habían jugado. No les quedaba ni un solo momento para aburrirse. Y eso no se debía a que Momo hiciera buenas sugerencias. No, Momo simplemente estaba allí y participaba en el juego. Y por eso —no se sabe cómo— los propios niños tenían las mejores ideas. Cada día inventaban un juego nuevo, más divertido que el anterior.

Una vez, era un día pesado y bochornoso, había unos diez u once niños sentados en las gradas de piedra esperando a Momo, que se había ido a dar una vuelta, según solía hacer alguna vez. El cielo estaba encapotado con unas nubes plomizas. Probablemente habría pronto una tormenta.

—Yo me voy a casa —dijo una niña que llevaba un hermanito pequeño—. El rayo y el trueno me dan miedo.

—¿Y en casa? —preguntó un niño que llevaba gafas—, ¿es que en casa no te dan miedo?

—Sí —dijo la niña.